

¡Dios mío Ayúdame!

“Estoy sufriendo las consecuencias de mi pecado”

(Lecc. 12)

Y Jehová hirió al niño que la mujer de Uriás había dado a David, y enfermó gravemente. Entonces David rogó a Dios por el niño; y ayunó David, y entró, y pasó la noche acostado en tierra... Mas David, viendo a sus siervos hablar entre sí, entendió que el niño había muerto;... Y él respondió: Viviendo aún el niño, y o ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si Dios tendrá compasión de mí, y vivirá el niño?. Más ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí (2ª Samuel 12:15b-23).

Lectura de fondo: 2ª Samuel 12:14-29.

¡Cuán a la ligera toman algunos el pecado!. Puede que sean como el niño de la Escuela Dominical, al cual se le preguntó: “¿Qué es lo primero que haces para obtener perdón?”. Después de pensarlo, respondió: “¡Lo primero que haces es pecar!”.

Hay algunos que han adoptado el antiguo punto de vista de que como la gracia es tan gratuita, uno puede pecar cuanto le plazca (Romanos 6:1). A tal actitud debe considerársele pecado voluntario (Hebreos 10:26). El bondadoso perdón de Dios está disponible y es abundante para el inconsciente, ignorante y engañado. No obstante, si alguien cree que él puede pecar voluntariamente y todavía hallar perdón, el tal está enormemente errado. No es sino hasta que se arrepienta que podrá procurar el perdón.

¿Fue poco riguroso Dios al perdonar a David?. Aunque David había vivido con sus pecados tal vez durante un tiempo hasta de un año, el perdón de Dios para David fue inmediato. A pesar de la prontitud del perdón de Dios, David todavía sufriría las consecuencias de su pecado. Sus pocas horas de placer oculto y pecaminoso, le trajeron días y años de lamento.

SE SIEGA LO QUE SE SIEMBRA

Son dos grandes principios los que se desprenden del pecado y sufrimiento de David. El primero es que **segamos lo que sembramos**. David sembró engaño y homicidio, y segó lo mismo (Gálatas 6:7-8). Esto es lo que leemos: “**Como yo he visto, los que aran iniquidad y siembran injuria, la siegan**” (Job 4:8).

Un sabio padre le enseñó una vez a su hijo una importante lección. Cada vez que el niño le desobedecía, su padre clavaba un clavo en cierto poste de la cerca. Como el poste se llenaba de clavos, el niño llegó a percatarse de su mal comportamiento. Él le preguntó a su padre si había alguna manera de que los clavos pudieran ser quitados, el padre le dijo al niño que él podía quitar un clavo por cada buena obra o servicio de amor que llevara a cabo. Eventualmente, el niño pudo cambiar su comportamiento tan eficazmente que casi todos los clavos habían sido quitados del poste. Un día el niño se llegó a dar cuenta de una gran verdad. “**Ahora veo**”, le dijo a su padre, “**que aunque saque los clavos, siempre quedan hoyos en el poste**”. Aunque seamos perdonados, todavía podemos tener que vivir con los resultados del pecado. Es mucho mejor abstenerse del pecado que tratar de vivir con los resultados de éste.

El segundo principio es que **el dolor de segar por lo general es mayor que el placer de sembrar**. El profeta Oseas escribió: **“Porque sembraron viento, y torbellino segarán”** (Oseas 8:7^a). Pablo dijo: **“¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?. Porque el fin de ellas es muerte”** (Romanos 6:21).
Vea también: Proverbios 6:27-29; Gálatas 6:7-8.

Este principio se manifiesta en la vida de David. Natán le hizo una desalentadora profecía a David acerca de las consecuencias de sus pecados. Esto fue lo que le dijo: **“Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada”** (2^a Samuel 12:10^a). Aun después del sincero arrepentimiento de David, y del perdón de DIOS. El territorio de Israel no conoció otra cosa más que la guerra, por el resto del reinado de David. David se vio incluso obligado a volver su ejército en contra de su propio hijo. Los antiguos enemigos de Israel, los filisteos, también reanudaron sus ataques. La espada continuó en manos de David por el resto de su vida.

Natán también profetizó que habría problemas para David dentro de su misma casa. Esta profecía tuvo un vivido cumplimiento. El hijo de David, Amnón violó más adelante a su media hermana Tamar. Absalón, el hermano de ella, mató a Amnón por venganza. Este evento llevó a un distanciamiento por cinco años entre David y Absalón. Después, Absalón fue el cabecilla de una conspiración contra David su padre, y logró hacer que éste se exiliara.

La aflicción continuó predominando por el resto de la vida de David. Lo trágico fue que la mayor parte de ella provino de sus hijos. Después de oír la parábola de la corderita robada, David le dijo a Natán que el culpable debía pagar la pérdida de ella con cuatro tantos (2^a Samuel 12:6). La sentencia pronunciada por David recayó sobre él mismo. Durante el tiempo que vivió, tres de sus hijos murieron trágicamente. Después de su muerte, otro hijo fue violentamente ejecutado (1^a Reyes 2:23-25). El homicidio de Urías a instancias de David, influyó trágicamente a cuatro de los hijos de éste.

LA LLEGADA DE LA ÉPOCA DE SIEGA

El cumplimiento inequívoco de la profecía de Natán se comenzó a dar casi inmediatamente después. Esto fue lo que dijo: **“Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá”** (2^a Samuel 12:14).

David había sembrado viento, y estaba comenzando a segar torbellino. **“Y Natán se volvió a su casa. Y Jehová hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y enfermó gravemente”** (2^a Samuel 12:15).

La actitud mostrada por David ante esta situación fue verdaderamente digna de admirar. La fe de David en Dios y su aceptación de la voluntad de éste, lo llevó a entender y a aceptar principios que le dieron la fortaleza para hacerle frente al torbellino. Necesitamos cultivar esta misma actitud cuando enfrentamos las consecuencias de nuestros propios pecados.

Hacer uso de la oración

Cuando su hijo enfermó, David echó mano de la oración (2^a Samuel 12:16). En sus oraciones, él le rogó a Dios por la vida de su hijo. Hay quienes podrían cuestionar la petición de David. ¿Por qué oró David pidiendo por la vida de su hijo cuando ya Dios le había dicho que moriría?

La historia le había enseñado a David que el Señor era bondadoso. Hay aspectos en los cuales la voluntad de Dios no es inmutable. Por ejemplo, Abraham oró por Sodoma y aprendió el significado de la misericordia de Dios. Aunque Dios no eximió a Sodoma, sí le mostró a Abraham que no destruiría a los justos junto con los inicuos (Génesis 18:22-33). Más adelante, según la historia de Israel, Dios le anunció la muerte al rey Acab. Dado que el rey se arrepintió, Dios lo eximió del desastre, pero sí trajo el mal en su hijo (1ª Reyes 21:28-29).

Aunque David oró por la vida del niño, Dios no le concedió esta petición. El hijo murió tal como se había anunciado (2ª Samuel 12:18). No obstante, esto no destruyó la fe de David (2ª Samuel 15:31; Salmo 3:1-8). La verdadera fe acepta la respuesta que sea a la oración —¡incluso cuando es un “No”!

Aceptar la realidad

David estaba dispuesto a aceptar la realidad más de lo que sus siervos creían. Después de que el niño murió, a ellos les aterraba la idea de anunciarle las nuevas al rey. Éste, en lugar de reaccionar enojado o afligido, aceptó con calma el hecho de que su hijo estuviera muerto. Se lavó, cambió sus ropas y adoró en la casa del Señor, y después comió algo. Podemos apreciar cuán realista era, en las razones que dio para comportarse así:

“Viviendo aún el niño, yo ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si Dios tendrá compasión de mí, y vivirá el niño? Más ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él/ mas él no volverá a mí” (2ª Samuel 12:22-23).

La capacidad de David para hacerle frente a la realidad provenía de su fe en Dios. A través de la fe podemos hallar la fortaleza necesaria para enfrentar los pequeños y grandes problemas de la vida. Por medio de la fe podemos aceptar que Dios está al mando de nuestro mundo.

La mayoría de los problemas de una persona surgen por el deseo de ésta de estar al mando de su propia vida, en lugar de entregársela a Dios. El deseo de estar al mando es uno de los pecados de mayor presunción. La verdadera fe acepta que Dios es quien mejor sabe lo que está haciendo. El dudar de esto equivale a colocarse uno mismo en el lugar de Dios, y a convertirse en un idólatra.

David siguió su vida normalmente. Se daba cuenta, tal como Salomón después escribiría, que había **“tiempo de llorar”** (Eclesiastés 3.4). Cuando su hijo murió, David observó el luto requerido (2ª Samuel 12:16). Una vez pasado este tiempo, David se rehusó a continuar en estado de aflicción. Reanudó la guerra contra los amonitas y fue victorioso.

Es poco lo que sabemos acerca del curso de la relación de David con Betsabé después de la muerte del hijo de ellos. Podemos suponer que él no la culpó de su pecado ni de la muerte del niño. Ella después le dio a David otro hijo —Salomón (2ª Samuel 12.24). Después del nacimiento de Salomón, Dios le dio a David un mensaje alentador. Natán vino a David con el mensaje de que Salomón también había de ser llamado **“Jedidías”**, el cual significaba: **“Amado de Jehová”**. Aun en medio de su sufrimiento, Dios les dio a David y a Betsabé un recordatorio de su amor. Salomón no llevaría la culpa ni las consecuencias del pecado de su padre.

La vida debe seguir a pesar de las amarguras y reveses que nos presente. Algo de sufrimiento es inevitable. No es sino cuando uno está dispuesto a seguir viviendo que

uno puede ver la mano de Dios en lo que le suceda. Podemos vivir para el día de hoy y creer que Dios está al mando. Aun en medio de la aflicción, debemos entender que nuestro gozo puede demorarse para más tarde. Esto es lo que el Salmo 30:5, dice: “... **Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría**”.

CONCLUSIÓN

Las lecciones contenidas en estos incidentes de la vida de David trascienden todos los tiempos.

En primer lugar, nuestro pecado es contrario a la naturaleza de Dios, y él no lo tolerará ni lo pasará por alto. No importa cuán elevada sea la posición en la que nos encontremos, ni lo que hayamos logrado en la vida, el pecado es todavía pecado ante los ojos de Dios.

En segundo lugar, todo nuestro pecado es perdonado si nos arrepentimos. Aun teniendo el recuerdo del pecado y de la culpa, podemos todavía hallar serenidad y consuelo. David escribió esto al final de su vida: “**No es así mi casa para con Dios... aunque todavía no haga él florecer toda mi salvación y mi deseo**” (2^a Samuel 23:5).

En tercer lugar, el perdón no significa que escaparemos de las consecuencias de nuestro mal proceder. David vivió una larga vida y le prestó un buen servicio a su nación. Aunque él sinceramente se arrepintió de su pecado, el pueblo no olvidó los errores de él. Más adelante el escritor de 1^a Reyes, escribió: “**por cuanto David había hecho lo recto ante los ojos de Jehová,... salvo en lo tocante a Urías heteo**” (1^a Reyes 15:5).

En cuarto lugar, con todo lo que le sucedió a David, Dios no permitió a éste que se le olvidara que él lo amaba. Jamás debemos olvidar esto. En medio de su desesperación y aflicción. Dios le dio a David otro hijo como recordatorio de su gracia. **¡Aun cuando pecamos, Dios todavía nos ama!**. ♦

Ecisneros.29@gmail.com www.henrycis.org